

La acción del maestro: un encuentro que deja huella

Juan David Enciso Congote

<https://orcid.org/0000-0002-5523-5611>
Universidad de La Sabana, Colombia
juan.enciso_cont@unisabana.edu.co

Resumen

Este escrito propone una reflexión sobre el valor y el impacto que ha tenido la estrategia de formación de maestros escolares a través de la Investigación Acción Educativa, con el componente de acompañamiento directo en el aula, reflejo de la visión que tuvo Ciro Parra sobre el sentido de la acción educativa, su dimensión ética y la necesidad de situar al maestro en su contexto, como condición sine qua non de una práctica pedagógica pertinente y relevante. El resultado de la implementación sistemática de acción y reflexión conduce al encuentro personal y a la actitud contemplativa por parte de los agentes del proceso educativo.

Palabras clave

Investigación pedagógica; política educativa; práctica pedagógica; relación profesor-alumno; transferencia del conocimiento.

Ciro me abrió los ojos a una de esas verdades de a puño de la que luego fui testigo personal gracias a los proyectos que él mismo lideró como decano: esa verdad es que el único agente del Estado que verdaderamente hace presencia en cada rincón del país es el maestro. Con la debida admiración y respeto que me merece la Fuerza Pública, hemos de reconocer que ellos llegan allí de forma temporal, arriesgando sus vidas en esos parajes de los que nunca tendríamos noticia, de no ser por la violencia. El maestro, en cambio, se traslada a vivir a su vereda, aunque solo sea porque no hay otra forma de armonizar lo personal y lo profesional, cuando las escuelas rurales se ubican a varias horas de los cascos urbanos. Pero también sucede en zonas urbanas, donde las aulas se erigen en una pequeña muestra representativa de la compleja y conflictiva diversidad de nuestras sociedades.

Si a un maestro lo mueve la ilusión por el aprendizaje, hay un momento en que su labor docente deja de ser ejercicio profesional y se transforma en relación vital, que ocupa su mente dentro y fuera del aula y le lleva a pensar de manera recurrente en nuevas formas de contagiar de compromiso y entusiasmo a sus estudiantes y, a través de ellos, a familias y comunidades.

Para nadie es un secreto que muchos maestros son únicamente *funcionarios*, profesionales que se limitan a cumplir la función para la cual los contrata el Estado, lo mismo que otros solo se preocupan por cobrar su sueldo y, en el peor de los casos, adoctrinar a sus estudiantes de acuerdo con sus sesgos ideológicos particulares. Las reflexiones contenidas en estas líneas se refieren a esos maestros que están dispuestos incluso a dar sus vidas por las comunidades en las que se han insertado y se vuelven un referente esencial de las relaciones en sus respectivos contextos.

Como decía, esa realidad la he conocido en primera persona, en tantas ocasiones en que he tenido el privilegio de ser formador de formadores, como docente o como asesor de investigadores. Tarde o

temprano, llegamos a ser confidentes de estos misioneros y entendemos por qué el tejido social se mantiene vivo, a pesar de las heridas que laceran a nuestra patria: cada iniciativa de un maestro renueva las luchas cotidianas e ilumina el camino y la esperanza de quienes hacen parte de su comunidad.

La Universidad de La Sabana había sido pionera de la educación a distancia, precisamente a través de las licenciaturas en Educación, quizá solo precedida por la genialidad del padre José Joaquín Salcedo y su iniciativa en Radio Sutatenza. Diversos factores, entre ellos la violencia, habían llevado al declive de la estrategia de educación a distancia, pero, en una feliz coyuntura, el Estado, en sus diferentes instancias, inició una audaz estrategia de formación posgradual de maestros, y esa fue la plataforma para que La Sabana consolidara el liderazgo que había forjado a lo largo de los años. Prueba de ello es que recibió una porción muy importante de los maestros que se favorecieron con esos programas: los profes podían escoger y escogieron a La Sabana.

Ciro encontró en estos programas la gran oportunidad para mostrar el poder que tienen las estrategias pedagógicas, cuando las hacemos visibles a nuestra propia mirada, de cara a la transformación social. Revivió la educación a distancia con un nuevo formato: ahora la Universidad llegaría personalmente a esos espacios en los que el maestro realiza su apuesta cotidiana: el aula. Era el gesto de un corazón grande.

Con esta iniciativa, el decano plasmó toda su visión sobre la dimensión ética de la acción educativa, que es responsable del perfeccionamiento humano; esa había sido la disertación de su tesis doctoral. Gracias al modelo de Investigación Acción Educativa, la Universidad, ubicada en el corazón del país, y aparentemente distante de las periferias, hacía presencia real –física y personal– en regiones tan apartadas como Uribia en La Guajira, Yacopí en Cundinamarca, Chimichagua en el Cesar o La Plata en el Huila. Todo gracias al acompañamiento a los proyectos de investigación en cabeza de los asesores.

Mediante la Investigación Acción Educativa, los docentes contrastan lo planeado, lo ejecutado y lo logrado y, tras un nuevo ciclo de deliberación, hacen los ajustes necesarios. Es acción educativa pura, porque la práctica sigue a la comprensión y esta a la reflexión, con lo cual esa acción es crecimiento personal, conocimiento puro. El resultado es el despliegue pleno de la persona. La noción metafísica de potencia o potencial deja de ser un concepto abstracto y se manifiesta como la esencia de nuestra condición humana: la capacidad de crecimiento irrestricto de la que hablaba Leonardo Polo.

Nosotros fuimos partícipes de esa aventura fascinante por la que se aborda la realidad como la fuerza de atracción más poderosa para el afán de descubrir. El conocimiento se hace contemplación en los infinitos instantes que detonan el aprendizaje, o que lo obstaculizan. Fue connatural a nuestro quehacer volver sobre las pequeñas prácticas, caso a caso, y entonces acontecía lo que José Luis González Simancas llamaba un encuentro: el momento en que la educación deja de ser ayuda disciplinar unidireccional y se hace diálogo, por el que el maestro bebe de la riqueza existencial de sus estudiantes.

El encuentro tiene varias formas: la primera es interior, singular. Aparece nítido a los ojos el poder de un pequeño giro en las acciones cotidianas. La sorpresa brota espontánea en los docentes cuando se desvela el sentido profundo de un determinado gesto: la lectura en voz alta, emplear escobas como unidades de medida, llevar el registro sistemático de las estrategias aplicadas... Lo mismo sucede con los estudiantes: empiezan a comprender el sentido que tienen las enseñanzas y, en consecuencia, hay nueva actitud hacia el conocimiento en esas pequeñas promesas, que procede de una motivación propia.

La segunda forma del encuentro es interpersonal: del maestro con cada estudiante. Jóvenes disruptivos, obstinados, pandilleros, considerados por muchos como casos perdidos, de repente, pasaban a ser la mano derecha del maestro y los grandes lí-

deres en los procesos de aprendizaje colaborativo. Finalmente, se produce el encuentro del asesor con el docente y sus estudiantes. Un asesor que se pudo haber tornado escéptico, al conocer lo complejo de la estructura social de las aulas o de las condiciones de las escuelas veredales, cuando participaba de estos descubrimientos, se convertía en el primer apóstol del evangelio de la acción reflexiva.

Fuimos testigos de maestras que sacrificaban sus horas libres, incluso los sábados, por organizar programas con las familias, a fin de afianzar el vínculo personal y estimular el compromiso. Otros que motivaron a los grupos de hip-hop para que fueran motores de ciudadanía dentro de la escuela. La docente que con el canto coral llegó a sanar heridas, tejer convivencia y posicionar a sus cantantes en escenarios nacionales. Acciones que representan el punto de partida de las transformaciones sociales, porque el comportamiento de los agentes se vuelve *habitual*: de las virtudes personales se pasa a las sociales y de ahí al tejido de nuevas culturas.

En una ocasión, una profe entró con sus estudiantes a la escuela rural de Subachoque y dijo, mientras miraba al suelo, como desprevenida: “tenemos un visitante”. “¿Quién es, profe?”, le preguntó uno de sus niños. Ella solo insistió: “tenemos un visitante”. Días después el niño la sorprendió: “¡Profe: ya sé quién es el visitante: una babosa!”. La profe había visto las mordeduras del gusano en las hojas y eso le valió para suscitar en el niño la curiosidad y la búsqueda. ¡Amor por la verdad! Su trabajo de grado era sobre el desarrollo de competencias científicas. Un gesto tan simple denotaba una nueva comprensión del rol docente, así como la apertura del estudiante al misterio y a la exploración.

En las conversaciones con diversos actores del sistema educativo, a nivel nacional, se hacía evidente cómo se delineaba la nueva identidad de la Facultad gracias a los resultados que arrojaba la estrategia. Para tener una noción más precisa de su impacto, bastaría con revisar en los archivos de registro aca-

démico cuántos de estos estudiantes/maestros han pasado por las aulas, cuántos estudiantes tienen ellos en promedio y cuántas personas hay en sus núcleos familiares. A eso se suma el número de los que nos beneficiamos de esa formación para poder ser luego asesores; es la capacidad instalada de la Universidad para que el modelo sea sostenible.

Al margen de las consideraciones contractuales y políticas sobre la articulación entre la política

pública y la gestión institucional, la presencia de la Facultad de Educación en las aulas ha configurado relaciones que dejan hondas improntas en la formación humana y social. El compromiso del maestro no procede de ser agente del Estado, sino del vínculo que emerge como resultado de la *inter-acción* con la que se hace parte de la comunidad. El lema de la gestión de Ciro durante su período de gobierno: “Acción educativa que deja huella”, había sido mucho más que un eslogan comercial.